



# HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

## RESEÑA

Nº 12 - Año 2014

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.



■ Anacleto PONS, *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*, Madrid, Siglo XXI, 2013, 318 páginas, por Antonio Castillo Gómez (Universidad de Alcalá) [antonio.castillo@uah.es](mailto:antonio.castillo@uah.es)

La velocidad con la que se suceden los cambios tecnológicos en esta época interpela directamente los modos mismos que operan a la hora de producir y difundir el conocimiento. Como acertadamente sostiene Anacleto Pons en la introducción a este libro, “si el pasado se torna digital, porque los nuevos vestigios que estudiaremos habrán sido originados por medios electrónicos o porque muchos de los viejos documentos habrán sido reconvertidos en dígitos binarios, tendremos que preguntarnos por las consecuencias e implicaciones de todo ello” (p. 13). Extendiendo a las humanidades lo que Orville V. Burton escribió en 2005 a propósito de la historia digital, ni esta ni aquellas pueden consistir en “escanear artículos académicos y ponerlos en línea o publicar el programa de un curso en la World Wide Web”. Se trata, por el contrario, de una revolución completa, “en todos los órdenes, en la investigación, en la docencia y en el uso cotidiano que para su trabajo hacen los historiadores [o los humanistas] de las bibliotecas y las bases de datos” (Orville V. Burton, “American Digital History”, *Social Science Computer Review*, 23/2, 2005, p. 207).

Ante semejante cúmulo de cambios, propio de un ámbito que aún se está perfilando, nada más pertinente que una obra de las características de esta, pensada como una “guía para historiadores y humanistas”. De las varias razones que se pueden esgrimir para saludar su publicación adelantaré un par. Por un lado, su autor, el profesor Anacleto Pons, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia, buen conocedor de los debates producidos en este territorio y de los vínculos entre la Historia, las Humanidades y la cultura digital, como demuestra asiduamente en las “páginas” de su blog *Clionauta*, (<http://clionauta.hypotheses.org>) y, más recientemente, a través de twitter (@clionauta\_ap). Y por otro, la oportunidad del ensayo y su novedad en el panorama historiográfico español, donde en los últimos años han aparecido algunas contribuciones sobre textos digitales y libros electrónicos (Antonio Rodríguez de las Heras, Joaquín Rodríguez, José Antonio Cordón o José Manuel Lucía), pero no tantas sobre las implicaciones de la cultura digital en el quehacer de historiadores y humanistas.

Como especialista en la Historia cultural -no en vano es autor, al alimón con Justo Serna, de algunos títulos de referencia (especialmente, *La Historia cultural. Autores, obras, lugares*, 2013, 2ª ed.)-, Anacleto Pons, siempre atento a las aportaciones efectuadas por la Historia de la escritura, del libro y de la lectura, aborda las nuevas texturas digitales desde una perspectiva histórica, insertándolas en las coordenadas del pasado y estableciendo un continuo

diálogo entre este, el presente y el porvenir. Cambien o no las técnicas de trabajo, apunta en distintos lugares del libro, el oficio del historiador se mantiene anclado en lo sustancial del mismo. No hay variación ontológica, dice en otro pasaje, pero sí epistemológica, por lo que estamos obligados a reflexionar sobre las modificaciones que se están dando en las formas de producción y comunicación del conocimiento (p. 27). El significado de las operaciones designadas por los verbos escribir, leer, consultar y publicar, como expresión de otras tantas acciones de los oficios de historiador y humanista, se altera sustancialmente al conjugarlos en clave binaria, esto es, en la medida que realizamos dichas tareas a través del ordenador o de cualesquiera otra de las numerosas pantallas que habitan nuestra cotidianidad, no ya personal sino profesional. La mirada del historiador exige pensar esas actividades en su dimensión histórica, buscando sus antecedentes, cuando los hay, y sopesando constantemente la verdadera entidad de los cambios.

Tras un recorrido inicial por esa tierra de nadie que parecen ser las Humanidades Digitales, desde el proyecto elaborado por el jesuita Roberto Blesa en 1946 para confeccionar un *index verborum* de las palabras contenidas en las obras de Tomás de Aquino y otros autores relacionados con él, que podría considerarse como el primer acercamiento entre las humanidades y la informática, hasta las actuales *Digital Humanities*, nacidas en los años noventa; Analet Pons nos conduce por los nuevos soportes de lo escrito, las pantallas donde leemos y el modo en que lo hacemos (fragmentario, superficial, distinto a veces y otras menos), la escritura colaborativa, los nuevos archivos (con documentos que ni se ven ni se tocan), el conocimiento ramificado propiciado por el hipertexto y, cómo no, las nuevas modalidades de publicación y comunicación del saber generadas por la Red, concluyendo con un acercamiento a los centros y experiencias que mejor encarnan la Historia Digital, mayoritariamente anglosajones pero también algunos españoles.

Transitando entre el pasado y el presente, el autor aborda cada uno de esos asuntos desde una óptica desprejuiciada, calibrando logros y rémoras, pros y contras. Cuando se aduce que la fragmentación es una debilidad de la lectura en la pantalla, el autor trae a colación que Francis Bacon decía a finales del siglo XVI que algunos libros eran solo “para probarlos, otros para devorarlos y algunos pocos para masticarlos y digerirlos” (“De los estudios”, en *Ensayos*, 1974, p. 198), Si hoy día las redes sociales pueden arruinar vidas y carreras mediante difamaciones incontroladas, qué decir, anota, del papel desempeñado en otros tiempos por libelos, folletos, pasquines y rumores, tan magistralmente explicado por Robert Darnton en sus ensayos sobre la circulación de la información en la Francia prerrevolucionaria. En fin, si se trata de minusvalorar proyectos como la Wikipedia sin otra razón que su carácter anónimo, abierto y participativo, procede también recordar, como lo hace Analet Pons, que los errores e insensateces no solo campan por la Red, sino que igualmente los podemos encontrar en obras impresas. Incluso, me permito añadir, cuando detrás de estas se hallan instituciones de tanto abolengo como la Real Academia de la Historia (o tal vez por ello), sobradamente probado con el irregular y desnortado *Diccionario Biográfico Español*. No es cuestión, pues, de afirmar que nada ha cambiado ni tampoco que las nuevas formas de escritura y de lectura sean un simple remedo de otras anteriores. Sí de advertir que el conocimiento del pasado contribuye a entender mejor las mutaciones del presente.

Este es el territorio del historiador, obligado a reflexionar sobre las implicaciones y consecuencias de tales cambios en su propio oficio. Es obvio que las nuevas tecnologías conllevan una modificación de nuestras rutinas, de nuestras prácticas de trabajo. Si el objeto principal de la Historia, en cuanto que disciplina del saber, no varía esencialmente respecto a la formulación que de ella se hizo en el siglo XIX, puesto que ahora como entonces su cometido está en interpretar el pasado a partir de los vestigios que han sobrevivido de este, es indudable que nuestro acercamiento a estos se altera en la medida que su rastro podemos seguirlo a través de Internet, como también lo hace en el punto que la nueva tecnología se convierte en la herramienta fundamental con la que escribimos, investigamos y finalmente difundimos el conocimiento alcanzado. Asistimos, pues, a una de tantas transformaciones en la historia de lo escrito (Roger Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita*, 2000), solo que ahora no cambia únicamente el soporte donde se escribe sino la escritura misma. En Internet, esta se evapora, se desintegra, de manera que tan solo existe al ser visualizada en una pantalla. Mientras tanto no es nada más que una combinación binaria, subordinada a la relación que establece con la fuente de energía que la recupera del espacio virtual. Esta fragilidad, empero, se contrapone con unos horizontes de difusión infinitamente superiores a los que han tenido los textos manuscritos e impresos en cualquier época de la historia.

En la medida que la investigación sobre fuentes primarias y la consulta de la bibliografía científica también se canaliza a través de los repositorios digitales surgen otros problemas derivados de los criterios seguidos en la digitalización del patrimonio escrito y en su descripción electrónica, de la sobreinformación y consiguiente *infoxicación* e incluso de la inestabilidad de la autoría. Pero también esto cuenta con antecedentes en otros momentos del pasado. Los recelos de los autores y la desconfianza a las vías de difusión abiertas por la imprenta estuvieron a la orden del día desde la aparición de esta a mediados del siglo XV. También entonces, y aún más en los siglos posteriores, públicos distintos fueron teniendo a su alcance, en formatos diferentes, informaciones y saberes que inicialmente habían estado más restringidos. En otro orden, ninguna descripción documental o bibliográfica escapa a los criterios de valor y jerarquía que rigen en cada momento, por lo que siempre ha habido textos claramente privilegiados y otros marginados, conocimiento sustancial y prescindible. Es cierto que ahora todo esto se desborda y adquiere dimensiones insospechadas, incluso con respecto a lo que pudo suponer la lectura extensiva a partir del Setecientos, pero también es verdad que las posibilidades de corrección son más inmediatas que antes. No se olvide, además, como argumenta Analet Pons en el capítulo que dedica a las viejas y nuevas formas de la documentación, que “elegir aquello que será objeto de archivo, descartar lo que no se considera apropiado y destruirlo [o encubrirlo bajo descripciones insuficientes, añadiría yo], supone no solamente delimitar los fondos, sino privilegiar cierta memoria social y el modo en que será mantenida” (p. 175). Ha ocurrido así históricamente y acontece también con el patrimonio documental y bibliográfico que constituye los archivos y bibliotecas digitales, toda vez que, pese a que la técnica lo permita, los recursos y el personal son limitados. Vale para los documentos y textos que conforman la memoria cultural, el archivo de la humanidad, pero igualmente para la abundosa literatura sobre ellos.

No es solo la rápida obsolescencia de los distintos dispositivos que usamos para

comunicarnos, leer, escribir o crear; sino la volatilidad de los propios contenidos, cierta condición efímera y una variabilidad que altera el patrón textual que ha regido nuestro modo de pensar durante siglos, sin que por ello todo sea radicalmente nuevo. Hasta en el reluciente campo de las Humanidades Digitales, por donde transita este libro, conviven iniciativas muy diversas y no siempre estrictamente innovadoras, susceptibles de combinar textos elaborados con los nuevos lenguajes junto a otros que no dejan de ser trampantojos analógicos. Más que un acrítico valedor de ellas, el autor de *El desorden digital* es consciente de que no podemos dar la espalda a la realidad y desde ese convencimiento nos conduce por el mudable ecosistema digital, de manera que sus reflexiones interesan tanto a quienes mejor se desenvuelven en el galimatías de los bits como a los más inexpertos e incluso escépticos. En medio de esta encrucijada, lo que hace falta, tal vez con mayor aplomo que en otros períodos, son guías como esta que orienten en la espesura digital y que ayuden a separar la paja del trigo: “el caos está asegurado –afirma Analet Pons-, pero ese ha sido siempre parte de nuestro cometido, introducir orden, dar sentido a la heterogeneidad de un pasado desaparecido y del que, sea como fuere, solo quedan huellas fragmentadas” (p. 195).